

da, ninguna persona hablara directa, ò indirectamente sobre lo executado. Lo segundo, diò orden, que su primera Muger Hapalxitzin, con engaño, y ardid, se extrayesse del Pueblo, y con todo sigilo la mataran: (como al fin se puso por obra) Lo tercero, èl por sus manos en lo mas silencioso de la noche, y en sus solares mismos, abrió una sepultura, y arrojò en ella aquel grano de oro, merecedor de ser sepultado en el Corazon del Paraíso. Dexemoslo ahí, à bien, que los Angeles nos cuidarán sus religiosas cenizas, mientras, que se transportan à la Iglesia del Con vento grande de San Francisco de la Ciudad de la Puebla.

CAPITULO II.

ACREDITASE AUN LA RELIGION

*Christiana con la felicissima muerte de otros
dos Niños Tlaxcaltecos.*

Consumò por ultimo Christoval, Proto-Martyr dichofo de la America, en el Abril de su edad, la amena effacion de sus floridos años. Y como la Rosa mientras mas le estruja, mas fragancias respira; assi Christoval despues de su muerte hizo mas perceptibles, y mas imitables sus exemplos. Tlaxcala avia de recibir de lo alto, todo aquel torrente, y golpe de luz, que despide de su amabilissimo bulto nuestra Reyna, y Señora de Occotlan. Tepeaca (segun dirè en lugar oportuno) avia de merecer con el tiempo su sombra, y su proteccion: y como, ò sean sombras, ó sean luces las de MARIA, no assientan si no es entre esplendores, disputò Dios con su suavissima providencia, que para Tepeaca saliesse de Tlaxcala dos Niños (como los del Signo de Geminis, que mutuamente se abrazan para lucir) ò dos luceros, que podian passar por Soles, à desvanecer las tinieblas de la idolatria, y supersticion, con sus brillos. (que en personas illustres tambien brilla, y resplandece la sangre). El uno era Antonio, Nieto por linea recta de

de aquel gran Senador Xicotencatl, à quien debe la Monarchia de España la Corona, y el Ceptro del Emperador Moteczuma; y cuyo nombre conserva el Christianissimo, y mantendrán siempre glorioso en laminas de plata estos Reynos. El segundo de los dos Niños, fue Juan: no tan illustre como Antonio, pero fue Tlaxcalteco, que le sobra para decir, que era hidalgo, que por tales los calificò à todos novissimamente nuestro difunto Rey, y Señor, el Señor Felipe Quinto (que estè en la Gloria.)

§. I.

Estos, pues, Querubines, capaces de sustentar sobre sus hombros la Arca del Testamento, vivian à la direccion, y especial cuidado (entre los demàs que assistian à la doctrina) del M. R. P. Fr. Martin de Valencia, Guardian del Convento de Tlaxcala, y uno de los hombres primeros de aquel Siglo. Hospedò su Paternidad, como à Hermanos tuyos à Fr. Bernardino Minaya, con otro su Compañero, cuyo nombre no se dice (sin duda, que su humildad lo ocultò) ambos del Sagrado Orden de los Guzmanes, que iban de passo para Oaxaca à difundir como estrellas sus esplendores, anunciando la venida del Sol: de cuyas misericordias tenian algunas luces los Oaxaqueños en tres arboles, que segun tradicion inmemorial plantò el Apostol Santo Thome, en la entrada misma de la que oy es Ciudad de Antequera.

Pidieronle à Fr. Martin los Religiosos passageros, para mas segura conducta de su viage, dos muchachos que les ayudaran à Missa, è instruyessen à los adultos Neofitos en los Mysterios de nuestra Santa Fee. No tuvo el Guardian mucho que discurrir, sobre la eleccion, pues avia experimentado en Antonio una generosidad del tamaño de su nobleza: en Juan una perspicacia mayor, que sus pocos años; y en ambos una censillez columbina, con que sin mas consulta, y habida la licencia de sus Parientes, se les diò el nombramiento acà en la tierra, y desde el Cielo, Dios, la investidura, y passaporte de Martyres. Pues como si à Fr. Martin

le dixera el corazon, lo que les avia de suceder á estos sus dos amados hijos, entrandolos á su Celda, y reprimiendo las lagrimas, con razones ponderosas, al passo que suavissimas, les propulo la gloria, que resultaría á tu Patria, si por fortuna suya padeciesen algo por Christo: que con valor Christiano hiciesen cara á los riesgos, sobre la esperanza cierta del triumpho, que no dexasen de las manos las armas, y escudo de la Fee, que sobran para rebatir qualesquier invasiones del demonio: que en su corazon se quedaban, y muy presentes en sus Oraciones, y Sacrificios. *Padre*, le respondiò Antonio, rebozandole el gusto, y gozo interior del alma, por los ojos, y por la boca: *oy nos predicaste (assi avia sido) que á San Bartholomé, por dilatar la gloria de Dios, y darlo á conocer á las gentes, lo desollaron vivo, y que aquel tormento le fue tan dulce, tan sabrosa aquella carnizeria, como si estuviese sobre un lecho de flores: libando toda la miel, que suelen destilar los montes eternos. No temas, que el Dios, que nos saca del lado de nuestros Padres, nos darà fuerza, y valor para el martyrio, si se ofreciere.* Discurro, que el Padre Fr. Martin, para despedirse de ellos, y al echarles los brazos, y su bendicion, no usó de otro estylo, que el del llanto, pues aun sola la memoria de lo que apunto, hace enternecer á las piedras.

Al otro dia salieron todos para la Ciudad de Tepeaca, donde quiso Fr. Bernardino hacer alto por unos meses. Ni passara adelante, aunque quisiera: pues desde su eternidad dispuso Dios, que alli tambien se regasse con sangre de Tlaxcaltecos la fecunda semilla de la Ley, que á costa de sus sudores sembraron los hijos de San Francisco. Puso, pues, el R. P. Minaya en una Capilla, aunque pequeña, sus Reales, y tu Vandera, para hacer frente assi á la Ciudad, como á los Pueblos, que la ceñian, tan numerosos, como Idolatras, y tan valientes, que para resguardarte de sus continuos insultos, le fue preciso al primer Conquistador de las Indias D. Fernando Cortès, levantar las trincheras, y Castillo, que oy vemos. Comenzó, pues, Fr. Bernardino

la

la guerra, embiando á la Conquista del Reyno de los Cielos á sus dos Soldaditos Antonio, y Juan, con orden, de que quantos Simulacros del demonio encontrassen, se los traxessen.

Salieron por fin, y á la manera, que el Leon mal herido de la hambre, no sossiega, ni para, ya discurriendo por las llanuras, ya penetrando los bosquez, hasta que logra tiro, ò en el Gamo, que sigue, ó en el Bezerruelo, que encuentra: assi los dos chiquillos, instados de aquella sed insaciable de la Gloria de Dios, que penetrò sus entrañas, no aviendo hecho pressa de consideracion en todo el recinto de Tepeaca, passaron á Tecale, con tal fortuna, que á los primeros assaltos dieron vista á una casa, sola, y sin gente (que debia de ser Adoratorio comun) y en sus sacrilegos Altares muchos Idolos de varias espantosas figuras. Y como no parecia, aun en los contornos, persona chica, ò grande, que les pudiesse impedir, con toda libertad fueronselos cogiendo, y echando en un cestillo, ò canasta, que en las Indias decimos chiquiguites. Bien quiso Antonio hacer menudos pedazos aquella chusma defementidos dioses: pero se suspendió por volver á Tepeaca triunfante, y con el mismo enemigo (despojo de su zelo, y valor) á cueftas. Con esta pesadissima carga, que sostenia (á ratos uno, y á ratos otro) passaron á Coautinchan, donde la providencia de Dios, les tenia ya prevenida casa, como la de Tecale, de par en par, y sin mas centinela, que la de un Indiofillo desarmado. Quedòte con él (en la calle) Juan por divertirle la especie, y con él el robo de los Idolos, cabesi, mientras Antonio se entraba á dentro á hacer segunda pressa, è impedir en lo de adelante al demonio los indebidos cultos, y fatuas adoraciones, con que era sacrilegamente adorado en aquel Pueblo.

§. II

LOS dueños del Adoratorio, ó Santocal de Tecale, que eran Caziques, de buelta para su choza, echaron menos los Idolos. Y como la Loba, á quien quitan los cachorruelos, assi bramaban de corage: rebuelven todos turbados,

bados, toman lengua, y con la guía de algunos vehementes indicios, y mas con las armas de su furor, que con las de unos palos, ó garrotes de encino, que previnieron, enderezan à Coautinchan (llevados del demonio, y por los atajos, que él sabe) reconocen luego luego, y à las primeras vistas, sus prendas, y al agresor del hurto, atisbandolas, y antes que el sentimiento hiciesse su oficio por los ojos, hizo el suyo la colera por las manos, descargando sobre el niño Juan golpes tan recios, que ni opcion le quedó, para desprender un Ay por la boca, ya en las ultimas agonías, y al ruido de los irremediables clamores, que levantó de la tierra la vertida sangre del moribundo Abel salió Antonio: y sin que le turbasse la muerte de Juan (que espiró à poco rato) valiendose de todos los bríos, y generosidad de su corazón con rostro grave, y la voz pausada, les dixo: *Barbaros, así cebais en un inocente vuestro encono? Si, porque se derriba del throno, que no merece, al Principe de las tinieblas, del que sois infelices prisioneros; si por que con la misma mofa, y burla, que hacemos de él, os probamos, que su poder es ninguno, y toda su deidad es mentida, si por esto finalmente os encarnizasteis tanto contra una Paloma como Buitres, sabed, que yo; no mi compañero soy el dichoso delincente. Yo en Tecale arrojé por los suelos estos Fantasmas, que os turban la luz de la razon: y no pararé, hasta bolverlos cenizas publicamente en la plaza de Tepeaca, à vista, y para escarmiento de todos. No tenéis verguenza de doblar la rodilla à Belzebù, pudiendo, como nosotros los Christianos, rendir el entendimiento, y el alma al Criador de Cielos, y tierra, que es el unico, y verdadero Dios, que nos gobierna, y mantiene.*

A esta posterior palabra hicieron eco los golpes de los palos, que dexaron ir los Caziques sobre la cabeza de Antonio, tan violentos, que fue à acabar el periodo de sus razones, con el de la vida, à la Gloria. Quedaron sin aliento en tierra, y uno sobre otro los dos Cadaveres: à la manera, que se suelen unir dos rosas à dos claveles, para que juntos evaporén el olor mas intenso. Antes, que los Vecinos de

Coau-

Coautinchan, se certiorasen por sus ojos de la crueldad de los matadores, cargaron estos con los difuntos, con toda la cautela, y precision, que les fue posible; y en lo mas espeso, y escabroso de un risco, los escondieron. A el Padre Fr. Bernardino ya le pulsaba el sobresalto de algun suceso fatal; pues en tres dias no supo de sus hijos: la detencion, que lo hacia temer, lo obligó à dar muchas bueltas por Tepeacas y à inquirir de los Passageros, y Comerciantes, y solo pudo alcanzar algunas dudosas señas, de que tomaron su derrera, para Tecale; los Niños.

Pidióle al Capitan del Presidio alguna gente, la que puesta con promptitud en camino, y en arma, à pocas horas, è inquisiciones, siguiendo desde Tecale à Coautinchan el rastro, dieron con los Caziques. No fue necesario el potro, ni la tortura, para que confessasen aver sido ellos los Agresores: y es, que nuestro gran Dios, cuyas misericordias no reconocen fin (aun con este positivo demerito) los tenia notados en el Libro de los vivientes. Ellos propios sacaron los Cadaveres de la barranca; y fueron conducidos con los dos Martyres à Tepeaca. Estos libres ya de las prisiones del cuerpo, aquellos arrojados entre los eslabones de la cadena, que les labró su fortuna, antes adversa, mas despues dichosissima.

Ya con la noticia previa de todo, esperaba Fr. Bernardino el terrible golpe, que dió la muerte, hirido con una flecha tres corazones. Vistiótele de funestimos lutos toda el alma, liquidada en dos rios por los ojos: y à eternas de la gravedad de su pena; y sin que lo percibiesse el decoro de su cordura, no sabia que hacer: si llorar con publico aparato, de pesames, y redobles la muerte de sus hijos, ó aplaudir con la demonstracion de repiques alegres la gloria de sus triunfos. Esto segundo, era dexar sentido al dolor; lo primero, era ocasionar disgusto al placer: no obstante resolvió su prudencia remitir la decision de su duda, al acordado dictamen del Padre Cura, ó Guardian de Guexosingo, que cuidaba de aquellas poblaciones, depositando en interin los Cuerpos en la Capilla, en que puso su residencia.

S. III.

§. III.

YA es tiempo de volver à Tlaxcala, y mientras, que la Republica agradecida al Cielo levanta tres obeliscos de jaspe, tres Coronas, y esculpe en la frente de cada uno, los nombres de *Christoval, Juan, y Antonio*, para credito, y lustre del merecido honor, con que las Historias aplauden la Christiandad, y Fee de los Tlaxcaltecos, daré glorioso fin á este Capitulo, con lo que despues de la muerte de estos Angeles, sucedió en Tlaxcala. No medió un año entre la tragedia de *Atlihuetzian*, y *Coautinchan*, y en el discurso de sus funestísimos dias, fue Dios disponiendo la horca, para que los tres Caziques pagassen con la vida, la que tan cruelmente quitaron à los tres Niños.

Axotecatli en vez de confundirse humillado, y arrependido del destrozo, que executó su furia en el inocente *Christoval*, y su Madre, levantó con mas engreimiento la cabeza, y quito de una vez declararse Precito, y hasta la muerte Idolatra. Como mantenía el corazon tan emponzoñado, desde la muerte del hijo, à poco, que le picassen vomitaba veneno por la boca. Ofrecióse, que sus Criados le diessen, no sé què quexillas, contra cierto Español, y sin averiguar el delito, que justa, ó injustamente le acumularon, partió sobre él, con tal furia, que para comprimirlo, fue necesario, que se interessasse, y metiesse prenda la Justicia de Tlaxcala: la que dió orden, para que le traxeran preso à la Carzel, ó Casas de Cavildo. Corridas las diligencias de averiguaciones, cargos, y descargos, que se acostumbran, salió *Axotecatli* sobre el punto del Español, libre del poder de los hombres, mas no del Juicio tremendo del Altísimo, que reservó para esta coyuntura, ó acato, la sentencia, por las dos alevosas muertes, de que se hizo reo en *Atlihuetzian*.

No ay duda, que por parte de sus domesticos, se ocultaron, quanto se pudo; pero como el humo avisa donde ay fuego, aunque la llama no se perciba, assi esta lastimosa tragedia, aun solo por discursos irracionales, comenzó á humear

mear de manera, que sin sentir, se iba dilatando por el Pueblo un rumor; à los principios tènue, pero con las hablillas del vulgo, à pocos dias tan corpulento, que ya la muerte violenta de *Christoval*, y de su Madre se daba por asentada: y assi, ó fuesse porque el Español ofendido, para defensa suya avia alegado, lo que era corriente, en contra de *Axotecatli*, ó porque se rastred por otros caminos, de los que suele descubrir la inocencia, se le hizo al preso, por este nuevo articulo, nueva causa, la que se le siguió con todas las cauciones, que piden en assumptos tan graves delitos tan atrozes.

Concluyóse el Proccesso, y aunque la declaracion de los testigos uniforme, era suficiente probanza; no obstante, para que fuesse plena, se le pidió al Reo la suya. Este quizá persuadido, á que daba nuevo honor à sus dioses (mejor dire nuevo infierno) dando por ellos la vida, y la cabeza (como dió la de *Hapalxitzin*, y de *Christoval* en venganza de sus injurias) confesó sin tormentos su pecado. Por el que en Tlaxcala se pronunció, y se confirmó en Mexico, sentencia capital, echando ultimamente al pie de la horca, un negro borron al antiguo tymbre de sus Progenitores, y haciendo, que aun la memoria de sus descendientes se tildasse en los libros de la Nobleza: pues por diligencias Christianas, y piadosas, que tomaron, no se pudo recabar de él, que recibiera el Baptismo.

Assi acabó la carrera de su desenfrenamiento este Idolatra. No assi los Caziques de *Tecale*; porque aunque llevados à Mexico por orden de la Real Audiencia (no à Tlaxcala, por el justo temor, de que los parientes de *Antonio*, se los comiesse vivos) pagaron su delito tambien en la horca, desde donde (como se cree de la piedad divina) volaron sus almas para el Cielo: porque despues de aver dado la muerte à los dos Niños, fue su dolor tan extraordinario, tan copiosas las lagrimas, en que al parecer, querian ahogar sus corazones; que si ay culpa, que se llame feliz por sus efectos, esta fue felicissima por averse valido Dios de ella para salvarlos. Pues lo mismo fue entrar en la carzel, que caer